

go el inglés, y resulta que no sabe una palabra. Kobayashi procedió de otra manera: pidió un plazo de prueba, y cuando terminó, se consideró digno de gozar de nuestra confianza, y á nosotros nos pareció que podíamos entendernos perfectamente con él.

»Según lo que él refiere, Koyabashi ha sido minero en Australia, ha navegado en muchos mares, y tomó parte en la construc-



Entrada de un alojamiento subterráneo en las líneas japonesas de Mukden

ción del puente de Brooklyn. Si se contaran sus servicios por años, sería más que centenario. De su verdadera edad no se puede juzgar más que por las arrugas de la cara, como de la edad de un pino por sus nudos.

»Cuando necesitamos algo que no corresponda estrictamente á la misión de alguno de los criados, llamamos á Koyabashi.

»—Todo recae sobre Koyabashi—gruñe éste de vez en cuando.—Koyabashi levanta tres de la mañana, enciende fuego, hierve

agua. Acuesta última hora. Señores necesitan algo, cuando todos duermen, llaman Koyabashi.

»—¡Vaya, vaya, Koyabashi! Estás hoy de muy mal humor.

»Entonces aparece una sonrisa en aquel arrugado rostro, y sus oblicuos ojillos brillan con mayor viveza.

»—No, señor; todo va bien—responde.

»Esta mañana le he preguntado si creía que el tiempo mejoraría. Volviéndose á los cuatro puntos cardinales, escudriñó atentamente el firmamento, y respondió:

»No, señor». Pero esto no era más que la habitual exclamación japonesa. Casi al punto exclamó: «Viento sú-sú-oeste, señor. Sí, señor: aun lloverá más.

»Kobayashi servía la mesa. En cierta ocasión refunfuñó al estilo marinero, y encargamos este cometido á otro. Entonces vimos

aquella arrugada faz tornarse afigida y seria, y le reintegramos en sus primitivas funciones.

»Cuando nos sirve las bebidas, Kobayashi usa de una delicada ficción.

»—¿Chocolate, te, café?—pregunta.

»Invariablemente pedimos te ó café.

»Kobayashi se endereza sobre cada uno de sus pies, y exclama: «¡he, hel!» en tono de ligera burla.

»—Chocolate—pedimos, porque es lo único que tenemos.

»Koyabashi y nuestro groom son de la madera del soldado japonés. Primeramente tomamos un groom que nos fué muy recomendado, pero hubimos de enviarlo á su casa por borracho, descuidar los caballos y amenazar á los mozos de nuestros vecinos. Ugajin era sencillamente un muchacho de diecisiete ó dieciocho años, cuyo padre es dueño de una tienda en Tokio; este muchacho estaba dominado por la pasión de ver una batalla real.

»No suelta el arco que se trajo del Japón. En sus manos los caballos están fuertes y bien cuidados; y en los ratos de ocio Ugajin dibuja paisajes en el patio de nuestra tienda, con admirable gusto; el mismo Ugajin que el otro día, cuando algunos exploradores rusos aparecieron en los trigos cercanos, corrió con una piedra en la mano á prestar ayuda á los soldados, mientras Kobayashi empuñaba un garrote. Esta es por naturaleza una raza marcial.

»El Estado Mayor nos permite ahora más facilidades que antes, porque comprende que no hemos venido aquí á dar noticias que sean provechosas al enemigo, aunque nuestras informaciones son las que dan materia á los cables telegráficos. Y esto es lo que divide al ejército de guerra del ejército de publicidad».

## LA MARINA DE GUERRA DE LAS PRINCIPALES POTENCIAS

### X.—HOLANDA

#### ACORAZADOS

*Koning-der-Nederlanden* (1874).—5.400 toneladas; 4.500 caballos; 10 millas; radio 2.000 millas.

4 cañones de 280 milímetros; 4 de 120; 2 de 70.

Barco de escaso valor militar; destacado en las posesiones del Extremo Oriente, lo mismo que el más antiguo aun *Prinz Hen-*

*driek der Nederlanden*, el cual sirve de pontón.

*Koninginn Wilhelmina der-Nederlanden* (1892).—4.600 toneladas; 4.600 caballos; 17 millas; radio 3 500 millas.

1 cañón de 280; 1 de 210; 2 de 170; 6 de 57; 3 tubos aéreos.

*Koninginn Regentes, De Ruyter, Tromp, Herz Hendrick*.—5.000 toneladas; 5.300 caballos; 17 millas; radio 6 000 millas.

2 cañones de 240; 4 de 150; 8 de 75; 2 tubos sumergidos.

*Evertsen, Piet-Hein Kortenaer* (1894).—3.400 toneladas; 4.800 caballos; 16 millas; radio 4.500 millas.

3 cañones de 210; 2 de 150; 6 de 75; 3 tubos aéreos.

#### RESUMEN DE ACORAZADOS

9 acorazados, con 40.200 toneladas, 23 cañones de grueso, 29 de mediano y 58 de pequeño calibre.

#### CRUCEROS SEMI-ACORAZADOS

*Holland, Zeeland, Friesland* (1896).—3 900 toneladas; 10.500 caballos; 19 millas; radio 3.000 millas.

2 cañones de 150; 6 de 120; 4 de 75; 4 tubos aéreos.

*Utrecht, Gelderland, Nord-Brabant* (1898).—3.950 toneladas; 9.750 caballos; 20 millas; radio 3.000 millas.

2 cañones de 150; 6 de 127; 4 de 75; 4 tubos, dos de ellos aéreos.

#### CRUCERO PROTEGIDO

*Sumatra* (1890).—1.700 toneladas; 2.300 caballos; 17 millas; radio 2.500 millas.

1 cañón de 210; 1 de 140; 2 de 120; 6 de 47; 2 tubos aéreos.

#### RESUMEN DE CRUCEROS

7 cruceros, con 25.250 toneladas. 1 cañón de grueso, 51 de mediano y 31 de pequeño calibre.

#### GUARDACOSTAS

*Reinier Claessen* (1891).—2.500 toneladas; 2.000 caballos; 12 millas.

1 cañón de 210; 1 de 170; 4 de 47; 2 tubos aéreos.

Hay otros varios guardacostas, muy antiguos, que solo pueden utilizarse como baterías flotantes.

#### TORPEDEROS

15 torpederos de alta mar (11 de ellos en las Indias), de 130 toneladas, 25 millas, y armados con dos cañones de 47 y dos tubos.

#### RESUMEN TOTAL DE LA FLOTA HOLANDESA

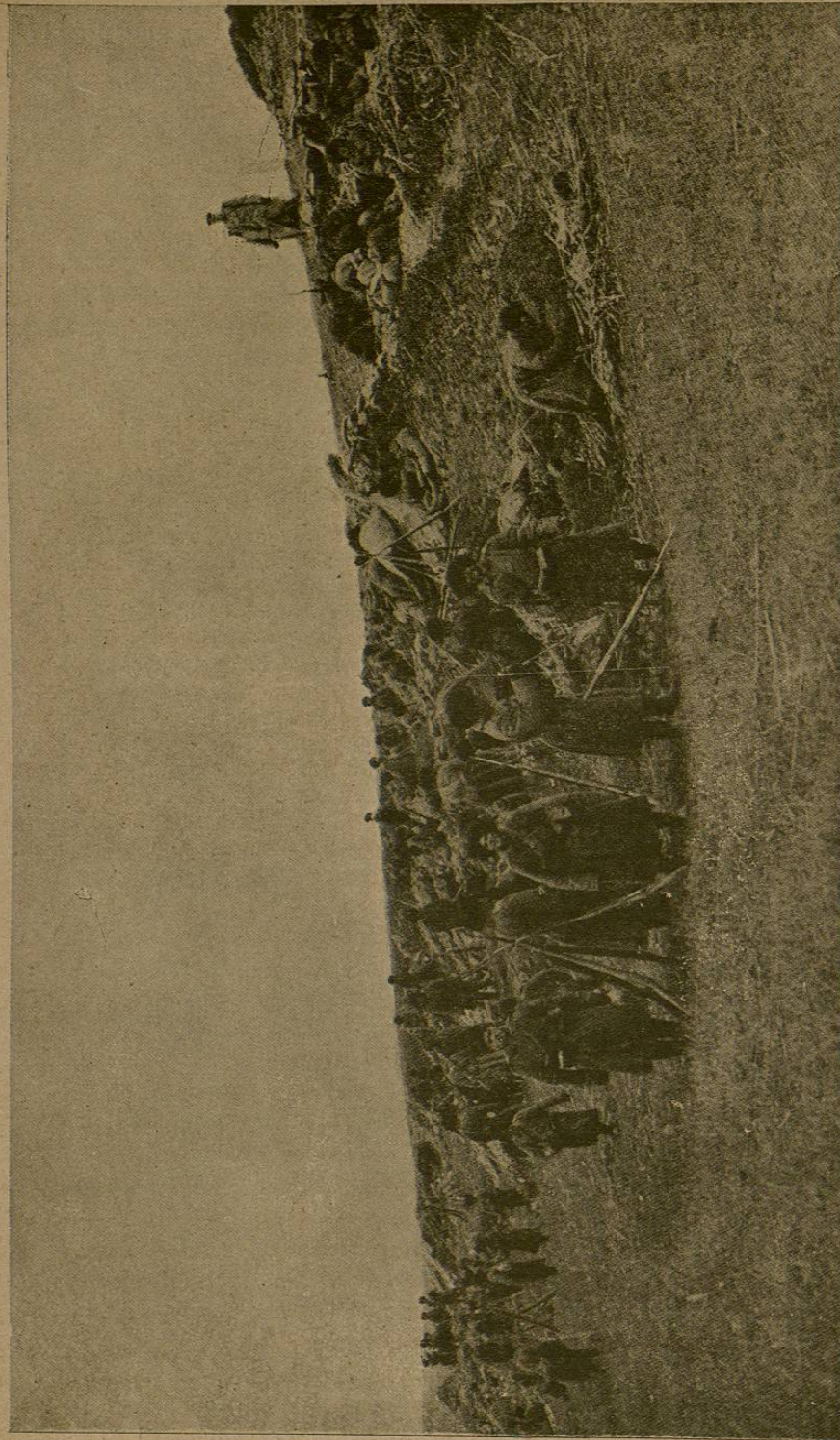
17 barcos de combate, con 67.950 toneladas, 25 cañones de grueso, 80 de mediano y 92 de pequeño calibre, ó sean 197 bocas de fuego.



15 torpederos de alta mar.  
Demasiado débil para hacer frente á las escuadras de las grandes potencias, la flota

taciones del Extremo Oriente y á la persecución del contrabando.

J. B. y L.



Atrinchamientos rusos en el Sha

holandesa tiene un valor militar casi exclusivamente defensivo; sus cruceros, de poco tonelaje, escasa protección y mediana velocidad, se destinan á la vigilancia de las es-

### LOS HORRORES DE LA GUERRA

El corresponsal del *Ruskoje Slovo* describe en los siguientes términos una escena en

las ambulancias, ese lugar donde se ponen de manifiesto todas las miserias y horrores de las batallas:

«A las seis de la mañana (2 de Septiembre, 1904), cuando aún era de noche, oí vivas en el valle, cubierto de niebla, que hay al E.; el general Kuropatkin había arengado á las tropas que marchaban hacia Yentai. Más allá estaba el ejército de Kuroki, maniobrando para envolvernos.

»Paralelamente al terraplén del ferrocarril se alzaban las tiendas blancas de la Cruz Roja, y todo el espacio libre entre ellas y el terraplén estaba ocupado por camillas y heridos.

»Las que iban llegando sin cesar, apenas encontraban lugar disponible. Alexandrovski, sentado en un extremo del campamento, sobre un montón de sacos; distribuía los heridos en los coches del ferrocarril: así había pasado toda la noche, sentado en el mismo sitio.

»Le pregunté cuántos heridos llevaba registrados.

»—Hasta ahora 1.500, pero como véis, hay más—añadió, señalando nuevas camillas.

»Por las portezuelas de los coches, abiertas, se introducían las camillas. Médicos, enfermeros y hermanas de la Caridad se mostraban de vez en cuando en las portezuelas, dando evidentes señales del mucho trabajo que sobre ellos pesaba. Oíanse voces de «Los heridos en la cabeza, aquí»; «los heridos en las piernas, más allá.» De las tiendas brotaban los gemidos arrancados por los vendajes y operaciones quirúrgicas.

»De una de ellas salió un doctor, enjugándose las manos con una toalla, y teniendo el aspecto de un hombre al cabo de sus fuerzas; apenas se hubo sentado sobre una caja, una hermana de la Caridad, corpulenta y de alguna edad, acercose corriendo.»

—«Venid, doctor—le dijo precipitadamente—es menester amputar una pierna.»

»El médico la miró asustado, como si no comprendiera lo que oía.

—«Esperad un minuto»—respondió—«Concededme siquiera un minuto de descanso.»

—«¿No podéis venir? ¡Ah! doctor, yo os lo ruego.»

»Mirola de nuevo el cirujano, y por fin se levantó y la siguió.

»Delante de una tienda había un montón de capotes, por debajo de los cuales asomaban culatas y bayonetas. Al borde de ellos estaba tendida una hermana de la Caridad, cuyo rostro, pálido y descompuesto, reposaba sobre un capote enrollado; un mechón de sus cabellos en desorden se había pegado á la bayoneta de un fusil. Extenuada de fatiga, quedó dormida en aquel lugar, sin haber tenido siquiera fuerzas para dar un paso más. A su lado, un herido la llamaba con voz entrecortada por el dolor. Prendas



General Masloff,  
comandante del 4.º cuerpo

de uniforme, vendas, hilas empapadas de sangre, cubrían el suelo.

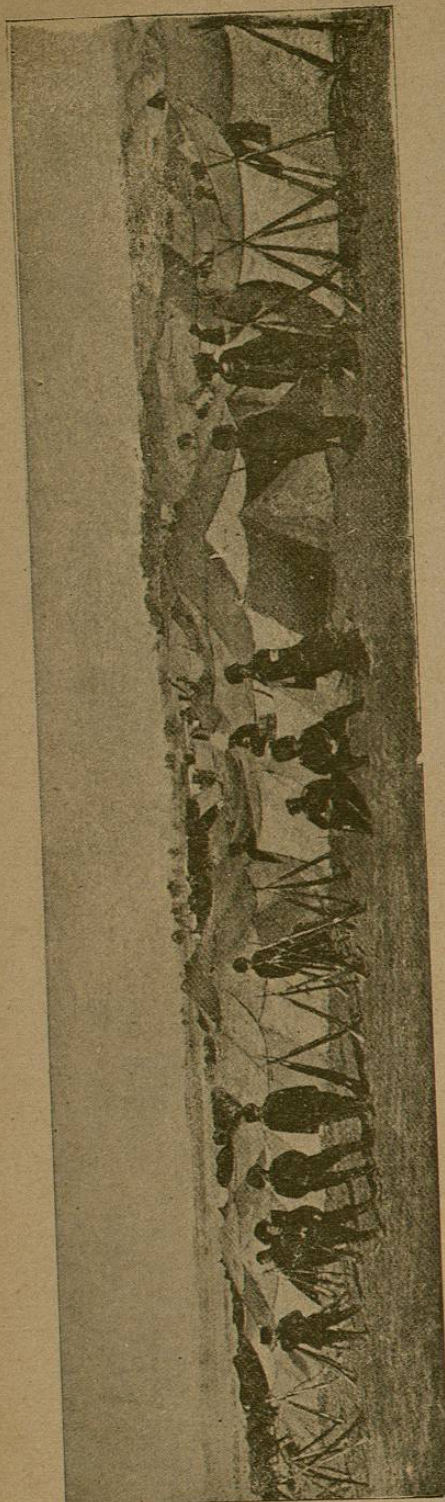
»El número de soldados heridos en la cabeza ó en la parte superior del tronco era enorme, porque lesionados en las trincheras, éstas les resguardaron el resto del cuerpo.

»Un poco más allá ví una camilla cubierta con un capote de oficial. Los vendajes apenas dejaban ver la cabeza del herido. El médico le tomó el pulso, y se alejó, murmurando algunas palabras á una hermana de la Caridad. Esta se acercó al herido, sentose á su lado, en el suelo, y extendió con cuidado el capote sobre el oficial; éste abrió los ojos.

—«He escrito á vuestra madre»—le dijo,—sacando del bolsillo una carta.—«Le digo que, aunque estáis gravemente herido, Dios os ayudará....»



»El herido recobró momentáneamente el conocimiento, y sus ojos vidriosos parecieron interrogar á la hermana. El pensamiento



Campaneto ruso en las llanuras de Mukden

que de pronto le ha asaltado, le hace sufrir más sin duda que las heridas: ¿conservará la vida ó no? Sus labios se agitan, pero en

lugar de una palabra, una bocanada de sangre se escapa de su boca.

—«¡Señor! ¡Tened piedad de él!»—murmuró la hermana, persignándose. Solo llevaba tres días en el teatro de la guerra, y aquel era el primer herido que moría en sus brazos. Sabía que en estos casos su deber era llamar á un sacerdote; pero ¿era esto de imperiosa urgencia? El desconcierto se reflejaba en su semblante...

»Aquel oficial desconocido, que había visto por primera vez hacía algunas horas y que ahora se moría, le era tan querido como un hermano. Por las pocas palabras pronunciadas por el herido, comprendía que tenía madre y un hermano más joven, pero estaban lejos, muy lejos, y ella, una extraña, se encontraba sola á su lado.

»En este momento solemne, ella comprendió toda la importancia de su misión como hermana de la Caridad, y resolvió recordar cada una de las palabras del oficial y asistir á su entierro, para escribir todos los detalles á la madre del infeliz.

—«¡Pobre, pobre hermano!»

—«No lloréis así»—dijo á sus espaldas un sacerdote—«¿ha besado el crujijo? ¿Cómo se llama?»

—«Andrés, reverendo padre.»

»El sacerdote se inclinó sobre el moribundo y recitó las últimas plegarias, poniéndole la cruz sobre los labios.

—«Y vos, hermana, no lloréis»—dijo, levantándose—«hay muchos heridos aquí, y no son lágrimas lo que hace falta.»

—«No lloraré, padre»—gimió más bien que dijo, la hermana.

—«Todos mueren como héroes, y vuestra misión no es menos heroica; sed compasiva, pero al mismo tiempo sed fuerte... No es el primero... ¡Ni será el último!»

—«Es verdad, reverendo padre, es verdad. No lloraré más»—repitió la hermana, enjugando sus lágrimas; y su juvenil rostro adquirió una expresión severa y melancólica.

»Entre los heridos había un japonés, en camisa y cubierto con una sábana. Sus características facciones se destacaban de las demás; sus ojillos negros lanzaban miradas de desconfianza. Una hermana de la Caridad, á su lado, se esforzaba en averiguar si deseaba algo. Presentóle una taza de agua, otra de té, pero el japonés no des-

pegó los labios, ni siquiera la miró. La paciencia de la hermana era admirable; se apartó un instante, y volvió con un cigarrillo encendido que le puso en los labios, pero el japonés los apretó con fuerza; la hermana llevó el cigarrillo á los labios, aspiró el humo, y lo presentó de nuevo al herido, con el mismo negativo resultado.

—«Francamente, no sé qué hacer»—exclamó;—todo lo rehusa, se arranca las vendas y se martiriza.»

»En un vagón se encontraban otros dos japoneses heridos. Uno de ellos yacía inmóvil bajo una sábana, y el otro estaba sentado al lado de un soldado ruso. Ambos fumaban cigarrillos.

»El ruso, no obstante una herida en el cuello, que de vez en cuando le obligaba á llevar allí la mano, contaba con animación que durante el ataque, él y el japonés se habían acometido á bayonetazos; los dos cayeron en la trinchera, donde se reconocieron mutuamente, y permanecieron uno al lado del otro durante una hora. Más tarde se les condujo al mismo coche, y seguían siendo vecinos. El ruso se mostraba muy satisfecho de este extraño conjunto de circunstancias.

—«¡Qué pacífico se ha vuelto!»—dijo, mirando amistosamente al japonés;—y en la trinchera me quería despedazar á mordiscos. «Todos los japoneses tienen la misma cara»—replicó otro soldado; ¿cómo es posible reconocer á un hombre entre mil?»

—«Pues no cabe duda que éste es quien se ha batido conmigo. ¿Cómo no lo he de reconocer? Iba batido conmigo y llevaba un brazal en el brazo.»

»El japonés asentía á todas las palabras de su antiguo adversario, sin dejar de fruncir el entrecejo por el dolor que sufría.

—«Con la bayoneta se debe pinchar»—prosiguió el ruso—mientras que tú hacías el molinete. No es así como se debe usar la bayoneta, querido. Solo me has hecho un arañazo, y debías haberme traspasado. Además, vuestras bayonetas no sirven para nada, á lo sumo valen para cortar cebollas.»

»El japonés, sin comprender una palabra, se contentó con asentir con la cabeza.

Hablando de la conducta observada por las hermanas de la Caridad, el doctor Matsievsky, director del hospital militar de Kharbin, hizo notar que durante la batalla

de Liao-Yang los enfermeros huyeron por temor al peligro, permaneciendo las hermanas en sus puestos y continuando en la asistencia á los heridos, bajo una lluvia de balas.

»Una hermana de la Caridad, Yakimenko, —añade—cayó víctima de su amor al prójimo. Un shrapnel que cayó junto al tren-ambulancia le destrozó ambas piernas, en el momento en que prestaba sus auxilios á un herido. Pero esta desgracia no infundió el espanto entre las demás hermanas; todas



Telegrafista ruso, transmitiendo con banderas

continuaron entregadas á sus humanitarias ocupaciones, con el mismo celo que antes. Yo he visto dos hermanas de la Caridad, dos jóvenes débiles, delicadas, que á pesar de su fatiga alzaban y transportaban en sus brazos á los heridos. Las hermanas de la Caridad realizan una obra que no solo parece ser superior á sus fuerzas, sino que sobrepuja bastante á la de los enfermeros.»

## LÍNEAS TELEGRÁFICAS

### DE LA SIBERIA

Hasta últimos de 1903, Yrkutsk estaba enlazado con Omsk por 2 alambres telegráficos y por uno solo con Port-Arthur. Entonces